

EN EL LUGAR DE LA DERIVA: ESPERANZA Y LA CASA EN MANGO STREET

Vicente Girardi Callafa¹

Resumen

En el presente trabajo se pretende realizar un abordaje abierto y exploratorio de la obra literaria *La casa en Mango Street* (1984) de Sandra Cisneros, vinculando los aspectos de la novela a la categoría de lugar trabajada desde la perspectiva de Doreen Massey; algunas nociones de paisaje desarrolladas a partir de las consideraciones de Alicia Lindón y Don Mitchell y, por último, aspectos concernientes a las posturas políticas abordadas por la historia del personaje principal en relación a las teorías feministas, poscoloniales y decoloniales.

La elaboración de este artículo se atribuye a la gran carga geográfica que revela el contenido de la novela en torno a las categorías de identidad, lugar y paisaje así como por su representación de las realidades socioeconómicas de la población latina residente en Estados Unidos y el carácter de denuncia que posee la obra ante las cuestiones del discurso patriarcal - heteronormativo.

Palabras claves: Sandra Cisneros – Doreen Massey – lugar – paisaje – identidad

IN THE PLACE OF THE DRIFT: ESPERANZA AND THE HOUSE ON MANGO STREET

Abstract

This work's aim is an open, exploratory approach to the literary work of Sandra Cisneros, *The House on Mango Street* (1984), by linking significant aspects of the

¹ Alumno de Licenciatura en Geografía – Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales – Universidad Nacional de Córdoba. Correo electrónico: pvgc_awake@hotmail.com

literary piece to Doreen Massey's category of 'place'; the idea of 'landscape' developed on the basis of Alicia Lindón and Don Mitchell's theories and last, by relating the political statements of the story's main character to the feminist, postcolonial and de-colonial theories.

The choice of the novel responds not only to the great relevance that the author gives to categories like identity, place and landscape, which are key concepts for geographers, but also to the fact that it represents socioeconomic realities of the 'latino' population of the US, as well as to the political claim that the author makes regarding the heteronormative and patriarchal discourses.

Key words: Sandra Cisneros – Doreen Massey – place – landscape - identity

Sandra Cisneros nació en Chicago en 1954. Es autora de numerosas novelas que han sido publicadas a lo largo de los '80 y '90. *La casa en Mango Street* (1984), su primera novela, lleva vendidos dos millones de ejemplares en cincuenta y seis ediciones, es lectura recomendada en los institutos norteamericanos de enseñanza y ha sido traducida a once idiomas. Sandra Cisneros es considerada referente de la nueva "narrativa chicana", leída tanto por público anglosajón como hispano. Actualmente reside en San Antonio, Texas. La escritura de Cisneros:

(...) construye y desconstruye interpretaciones monológicas de la cultura chicana y México-americana. La escritora chicana reinterpreta a la historia oficial, la espiritualidad, la cultura chicana y la mujer. Al incorporar la mirada feminista en la construcción de la identidad chicana, Cisneros ofrece una relectura de las ideologías escriturales históricas y culturales iniciadas por los escritores chicanos. De alguna manera, Cisneros crea una forma de resistencia al desafiar un discurso hegemónico masculino latino y al trasladarse conscientemente a un espacio editorial *mainstream* que le da la posibilidad de romper con estereotipos y prejuicios sobre los modelos latinos en Estados Unidos. Cisneros se apropia de dichos espacios contestatarios temáticamente y a través de un lenguaje irónico, perspicaz y revelador de complejos choques transculturales (Loustau, 2002:62).

La obra en cuestión se compone de 45 capítulos fragmentados, por medio de los cuales se retrata la realidad de una familia latina viviendo en Chicago, Estados Unidos. El

barrio es el escenario desde el cual se compone la situación y la presentación de los personajes. Esperanza Cordero, su protagonista, narra la historia, una historia discontinua que despliega experiencias sueltas pero profundamente sentidas. A todo momento el paisaje compone un elemento vital de la obra, así como los vínculos identitarios lejanos, imprecisos y cambiantes. La nostalgia juega un papel fundamental, algunas veces por lo que se ha dejado, otras por lo que no se ha encontrado nunca. Esperanza está sumida en el segundo sentido de esta nostalgia, su vida es atravesada por una búsqueda incesante, es una niña viviendo en los intersticios de una cultura y otra, entre un idioma y otro, en el vacío de no saber con precisión cuáles son sus recuerdos y cuáles sus sueños. Las escenas que se constituyen a través de historias y personajes son vivas imágenes de la experiencia hispano-mexicana en tierras estadounidenses. Sobre dicha presentación cabe hacer alusión a las palabras de Iain Chambers en su libro *Migración, cultura, identidad*:

Cruzar el Atlántico como un esclavo encadenado, cruzar ilegalmente el Mediterráneo o el Río Grande en busca de la esperanza del Norte, y hasta soportar lentas y extenuantes colas en las instituciones oficiales, empuñando pasaportes y permisos de trabajo es adquirir el hábito de vivir entre mundos, capturado en una frontera que atraviesa lengua, religión, música, vestimenta, apariencia y vida. Venir de otra parte, de “allá”, no de “aquí”, y encontrarse por lo tanto, de manera simultánea “dentro” y “fuera” de la situación de que se trate es vivir en las intersecciones de historias y memorias, experimentando tanto su dispersión preliminar como su traducción consiguiente en nuevas disposiciones más vastas a lo largo de rutas desconocidas. Esto pasa a la vez con los lenguajes de la impotencia y las posibilidades sugeridoras de futuros heterotópicos. Este drama, que rara vez se elige libremente, es también el drama del extranjero. Expulsado de las fuentes de la tradición, con la experiencia de una identidad constantemente amenazada, se exige al extranjero que se sienta cómodo en una interminable discusión entre una herencia histórica dispersa y un presente heterogéneo (1995:21).

El eje fundamental de la novela se pone de manifiesto al iniciar el primer capítulo, es entonces que Esperanza relata:

No siempre hemos vivido en Mango Street. Antes vivimos en el tercer piso de Loomis, y antes de allí vivimos en Keeler. Antes de Keeler fue en Paulina y de más antes ni me acuerdo, pero de lo que sí me acuerdo es de un montón de mudanzas. Y

de que en cada una éramos uno más. Ya para cuando llegamos a Mango Street éramos seis: Mamá, Papá, Carlos, Kiki, mi hermana Nenny y yo.

La casa de Mango Street es nuestra y no tenemos que pagarle renta a nadie, ni compartir el patio con los de abajo, ni cuidarnos de hacer mucho ruido, y no hay propietario que golpee el techo con una escoba. Pero aun así no es la casa que hubiéramos querido (Cisneros, 2004:13).

Sin lugar a dudas, la deriva es una de las características esenciales del relato, los personajes, al igual que la familia de Esperanza, han llegado de todos lados y se han asentado en zonas periféricas donde los rasgos fundamentales que los unen se entretajan: pobreza, precariedad, idioma, rasgos culturales comunes, marginalidad y, antes que nada, exclusión e inestabilidad. Se presenta entonces una existencia nómada, de sueños cumplidos a medias, que a veces perdura quieta pero inconforme y otras debe correr apresurada por barrios y calles en busca de algún refugio provisorio y ajeno. Es así como nuestra protagonista expresa:

Tuvimos que salir volados del departamento de Loomis. Los tubos de agua se rompían y el casero no los reparaba porque la casa era muy vieja. Salimos corriendo. Teníamos que usar el baño del vecino y acarrear agua en botes lecheros de un galón. Por eso Mamá y Papá buscaron una casa, y por eso nos cambiamos a la de Mango Street, muy lejos, del otro lado de la ciudad.

Siempre decían que algún día nos mudaríamos a una casa, una casa de verdad, que fuera nuestra para siempre, de la que no tuviéramos que salir cada año, y nuestra casa tendría agua corriente y tubos que sirvieran. Y escaleras interiores propias, como las casas de la tele. Y tendríamos un sótano, y por lo menos tres baños para no tener que avisarle a todo mundo cada vez que nos bañáramos. Nuestra casa sería blanca, rodeada de árboles, un jardín enorme y el pasto creciendo sin cerca. Ésa es la casa de la que hablaba Papá cuando tenía un billete de lotería y ésa es la casa que Mamá soñaba en los cuentos que nos contaba antes de dormir.

Pero la casa de Mango Street no es de ningún modo como ellos la contaron. Es pequeña y roja, con escalones apretados al frente y unas ventanitas tan chicas que parecen guardar su respiración, los ladrillos se hacen pedazos en algunas partes y la puerta del frente se ha hinchado tanto que uno tiene que empujar fuerte para entrar. No hay jardín al frente sino cuatro olmos chiquitos que la ciudad plantó en la banqueta. Afuera, atrás hay un garaje chiquito para el carro que no tenemos

todavía, y que luce todavía más chiquito entre los edificios de los lados. Nuestra casa tiene escaleras pero son ordinarias, de pasillo, y tiene solamente un baño. Todos compartimos recámaras, Mamá y Papá, Carlos y Kiki, yo y Nenny (Cisneros, 2004:13-15).

Aquí, podemos tener una primera apreciación estética, una imagen de las dimensiones y características de la vivienda familiar, del paisaje inmediato y cotidiano de Esperanza. Tal vez un ejemplo general de la precariedad de quien deja un destino escrito de pobreza en busca de sus propios sueños de crecimiento, como expresa Mitchell en su texto *Muerte entre la abundancia*, “el paisaje económico, social, político y cultural al que se enfrentan los inmigrantes cuando tratan de entrar en Estados Unidos en busca de trabajo” (Mitchell, 2007, p. 85)². La escritura de Cisneros, en este sentido, se encuentra sumamente comprometida con una delineación directa y material de los paisajes transitados por sus personajes, pues, si bien más adelante encontraremos descripciones que se tornan más subjetivas y experienciales, en esta presentación la autora resalta fielmente cada aspecto de la vivienda, sus cuartos, sus escaleras y sus dimensiones, dotando de realismo la descripción; en tal aspecto, “el hecho más importante del paisaje es su existencia real, es su objetividad; su brutal, inmutable, sólida y permanente materialidad” (Mitchell, 2007, p. 90) dado que, sin dudas, la intención es hacer notorias las implicancias que denota un paisaje hostil, adverso y a su vez íntimo como lo es la vivienda. Cisneros busca reproducir las sensaciones de hacinamiento y vulnerabilidad que los personajes enfrentan, haciendo uso de una descripción estrictamente material del paisaje, al mismo tiempo que al exponer que “existen cuatro olmos chiquitos que la ciudad plantó”, inmediatamente hace sentir la no pertenencia, la exclusión, el desarraigo del espacio que habita. La ciudad aparece como un ente separado, invisible, ajeno e impersonal.

Siguiendo las descripciones del paisaje, el barrio aparece como un sitio de abandono, un sector de casas precarias, inseguro, conflictivo y amenazante. En dichos aspectos, la presentación de los “paisajes invisibles del miedo” de Alicia Lindón (2005) constituye una interesante línea de análisis, sin embargo, en este sentido debemos considerar que

² Mitchell realiza un estudio del cementerio de Hotville, California, compuesto de lápidas de inmigrantes latinoamericanos sin identificar. El rasgo común de todos los cuerpos que las lápidas representan es haber perecido en el desierto intentando cruzar la frontera con Estados Unidos. Mitchell analiza este paisaje a través de una visión materialista desglosando la red de relaciones que permiten su existencia, en este contexto se enmarca el pasaje citado.

nuestro análisis pasará de una apreciación material del paisaje a un eje orientado sobre el plano social de construcción de sentido, donde los discursos y las experiencias subjetivas adquieren valor. Para Lindón la materialidad y la forma, si bien son constituyentes del paisaje (y no se les puede restar valor), constituyen una porción de ese concepto. El proceso por el cual un paisaje es visible a algunos e invisible a otros, así como la forma en que dicha visibilidad compromete la experiencia de quien lo atraviesa, es un recurso fundamental para el entendimiento de tal categoría en los términos de Lindón. Por otra parte, la autora hace alusión a las periferias pobres como sectores en los cuales ciertos rasgos materiales constituyen elementos que condicionan el discurso social que sobre ellos circula. Para Lindón, entonces, “estudiar estas periferias pobres como paisajes socialmente construidos en los cuales hay visibilidades e invisibilidades, supone ir más allá de la apariencia dada por las formas materiales y aproximarse a la experiencia paisajística del sujeto” (2005:221). Si bien esta perspectiva puede parecer contradictoria con el énfasis puesto por Mitchell en la materialidad, en nuestro específico análisis de *La casa en Mango Street* ambos enfoques resultan interesantes. El de la forma y la materialidad nos sirve para considerar la manera en que la escritora dibuja el paisaje de la obra, mientras que la perspectiva de la experiencia resulta enriquecedora por la relación de Esperanza con su casa y el barrio. En este sentido la literatura de Cisneros nos invita a reconciliar dos corrientes teóricas que abordan el paisaje desde diferentes tradiciones filosóficas. El resultado es una conceptualización en la que la experiencia es indisociable de la materialidad así como de la génesis misma de las arquitecturas en las que la autora sitúa a los personajes. Al respecto la reflexión que Daniela Colafranceschi realiza en el libro *Teoría y paisaje: reflexiones desde miradas interdisciplinarias*, puede ayudarnos a sintetizar este entrecruzamiento de subjetividad y materialidad en el concepto:

Personalmente veo el paisaje como —insisto en ello— una piel sensible, capaz de absorber el bagaje ideológico del que a lo largo del tiempo se impregna; capaz de registrar la condición cultural de nuestras existencias, de las condiciones históricas, sociales, de nuestras realidades urbanas, rurales, agrícolas, de las geografías que nos son próximas. Es como si el paisaje se hubiera convertido en el parámetro de medición del estado de salud de nuestras realidades. Lo es el clima, los cambios en la temperatura global, lo es el medio ambiente, pero la carga antrópica más importante la tiene el paisaje. Comprendemos mejor sus valores, sus cualidades, su fragilidad y, por lo tanto, su condición crítica y precaria. Quizá porque es más

tangible, porque se trata de un ámbito de actuación cuya dinámica evolutiva percibimos, quizá porque es —en definitiva— la tarjeta de visita de una condición cultural, política, social que es la nuestra. Es expresión —de eso no hay duda— de una geografía concreta, de una condición humana en la que coexisten naturaleza, ciudad, arquitectura, espacio público..., lugares e identidades pertenecientes a esta gran mezcla en la que nosotros ejercemos un protagonismo activo (2011: 64-65).

Sumado a lo anterior, y atendiendo esta vez a los discursos que se generan en torno a un paisaje, podemos señalar el capítulo “Los que no” de la novela, el cual expresa que: “los que no saben llegan a nuestro barrio asustados. Creen que somos peligrosos. Piensan que los vamos a asaltar con navajas brilladoras. Son tontos que se han perdido y caen aquí por equivocación” (Cisneros, 2004:41), poniendo así de manifiesto que las calles que circundan a la casa de Esperanza son vistas como paisajes amenazantes para el “otro - ciudadano” perteneciente a distintas áreas de la ciudad. Como bien señala Lindón:

en estas periferias pauperizadas circulan discursos que configuran paisajes del miedo a través de la articulación de tres elementos: el miedo, el otro y la configuración espacial. (...) La tensión entre el sentido del miedo y la concepción del otro conforma el miedo como amenaza externa. El otro - en quien se encarna el miedo - es concebido como un agresor solitario y aislado (2005:222).

Hasta este punto hemos presentado algunas consideraciones posibles respecto a las diferentes lecturas que la obra Cisneros nos permite en torno a la concepción del paisaje. En adelante focalizaremos nuestro análisis en el concepto de “lugar”, partiendo de la relación que la protagonista establece con su vivienda.

La casa roja en la Calle Mango es para Esperanza un sitio hostil que condensa toda su historia familiar y deja en evidencia todo lo carente, todo lo no conseguido, todas las añoranzas truncas. Es así que menciona:

Una vez, cuando vivíamos en Loomis, pasó una monja de la escuela y me vio jugando enfrente. La lavandería del piso bajo había sido cerrada con tablas arriba por un robo dos días antes, y el dueño había pintado en la madera SÍ, ESTÁ ABIERTO, para no perder clientela.

¿Dónde vives?, preguntó.

Allí, dije señalando arriba al tercer piso.

¿Vives allí?

Allí.

Tuve que mirar a donde ella señalaba. El tercer piso, la pintura descarapelada, los barrotes de Papá clavados en las ventanas para que no nos cayéramos. ¿Vives allí? El modito en que lo dijo me hizo sentirme una nada. Allí. Yo vivo allí. Moví la cabeza asintiendo.

Desde ese momento supe que debía tener una casa. Una que pudiera señalar. Pero no esta casa. La casa de Mango Street no. Por mientras dice Mamá. Es temporario, dice Papá. Pero yo sé cómo son estas cosas (Cisneros, 2004:15).

Esperanza pone de manifiesto su intención de búsqueda, su inconformidad con la realidad que la circunda. Su casa no es lo esperado, es una morada de fractura constante, de enfrentamiento, de tensión. De aquí podemos argüir que el hogar no constituye, en esta particular escritura de Cisneros, un sitio de contención, una zona completamente segura y resguardada de un exterior que los amenaza. La casa es en sí misma el eje fundamental del conflicto, es el sector donde se hacen manifiestas todas las penurias del personaje. Por tales motivos, el relato no se vuelca a una consideración esencialista de la idea de hogar; aquel “arte de habitar” que constituía un eje fundamental de las perspectivas “heideggerianas” del lugar carece de sentido, el hogar no es resguardo sino precariedad, no atrae al personaje ni se identifica con él sino que lo rechaza. No existe, por lo tanto, un romanticismo del hogar como punto al cual todo sujeto quiere retornar; Esperanza es la deriva y en todo caso su búsqueda invierte la lógica de las posturas conservadoras, la nostalgia de Esperanza no es un retorno hacia un sitio seguro sino una búsqueda, una superación de su presente y su pasado.

Doreen Massey, en su texto *A place called home?* (1994), manifiesta su postura en cuanto a la idea de lugar y el hecho de habitar. En su análisis discute las posiciones esencialistas y estáticas, asumiendo una intención comprometida con la movilidad, el cambio, la disrupción, lo singular y la ruptura de las generalidades. Aquella vuelta hacia un origen o aquel profundo sentido de un hogar posible pierden vigencia, es así que señala:

bell hooks argumenta que el significado mismo del término “hogar”, en términos de un sentido de lugar, ha sido muy diferente para aquellos que han sido colonizados, y que puede cambiar con las experiencias de descolonización y de radicalización. Toni

Morrison escribiendo, sobre todo en *Amado*, socava para siempre toda noción de que todo el mundo tuvo alguna vez un lugar llamado hogar al cual se podía mirar hacia atrás, un lugar al que no sólo se pertenecía, sino que también le pertenecía, y donde podrían permitirse localizar sus identidades³ (Massey, 1994:166.)

En algunas líneas de la novela, Esperanza cree reconocer rasgos de algo que su mente “idealiza como México”, sin embargo su imaginación contempla paisajes anclados en recuerdos no muy nítidos. Ella rechaza su lugar en Mango Street pero no puede apropiarse de aquellos recuerdos que son más los de sus padres que los propios. Su sentido de un “México” al cual volver no es preciso, es simplemente un rasgo inconsciente vago y transitorio:

Un día íbamos pasando una casa que se parecía, en mi mente, a las casas que he visto en México, no sé por qué. Nada en la casa se parecía exactamente a las casas que yo recordaba. Ni siquiera estoy segura de por qué pensé eso, pero sentí que estaba bien.

Miren esa casa, dije, parece México.

Rachel y Lucy me miran como si estuviera loca, pero antes de que puedan soltar la risa, Nenny dice: sí, es México. Es exactamente lo que yo estaba pensando (Cisneros, 2004:29)

Por tal motivo la presentación de la idea de lugar desde los aportes de Massey encuentra varios puntos en común con el sentido de la obra *La casa en Mango Street*. Para Doreen Massey no existe una esencia única de los lugares, estos se conforman de múltiples singularidades, de relaciones y procesos siempre cambiantes, no es la permanencia, la unidad o la comunidad lo que le da identidad a los lugares sino la forma en que lo local y lo global se manifiestan en determinadas condiciones. Los lugares son vistos como sitios abiertos y permeables:

Esto es un punto importante, una parte de las interrelaciones sociales serán más amplias e irán más allá de la zona a la que se hace referencia en cualquier contexto particular, como un lugar. En segundo término, las identidades de los lugares son, inevitablemente, cambiantes. Son cambiantes, en parte, precisamente porque las relaciones sociales por las cuales son construidas son, ellas mismas, por su propia naturaleza, dinámicas y cambiantes. También son móviles por la producción

³ Traducción propia, en adelante todas las citas de Doreen Massey corresponden a traducciones propias del inglés/portugués al español.

continua de más efectos sociales a través de la yuxtaposición de esas relaciones sociales. Por otra parte, la falta de fijeza siempre ha sido así. El pasado no fue más estático de lo que es el presente. Los lugares “realmente” no pueden ser caracterizados por el recurso a un momento esencial, interiorizado (Massey, 1994: 169).

Por otra parte los procesos globales lejos de disolver diferencias recrean particularidades. Como señala la autora, “la globalización no puede de ninguna manera equipararse a la homogenización” (Massey, 1994:160). A su vez, las escalas de la identidad no son para ella un asunto general, los rasgos subjetivos juegan un papel importante. El posicionamiento de Massey pone fundamental atención a las cuestiones culturales, étnicas y de género, lo cual le permite ir más allá de un sesgo económico en sus argumentaciones. Así afirma:

(Las) interpretaciones económicas han llegado demasiado cerca de privar a la cultura (o a lo no económico en general) de absolutamente cualquier autonomía. Tampoco nuestra experiencia e interpretación de todos estos cambios depende sólo de nuestro lugar en el interior, o exterior, de las relaciones capitalistas. Etnia y género, por citar sólo dos de otros ejes más evidentes, también están profundamente implicados en las formas en que habitamos y experimentamos el espacio y el lugar, y en las formas en que nos localizamos en las nuevas relaciones de la compresión espacio-temporal (1994:164).

Lo anterior permite discutir la homogeneidad con la cual el lugar puede ser visto en un sentido de identidad invariable, histórica y armónica a la vez que se resguarda de caer en fundamentaciones estrictamente económicas de su naturaleza. La autora hace foco en cómo las experiencias sobre el lugar nunca son uniformes y divergen de sujeto a sujeto. En particular las vivencias del sexo femenino sobre los lugares constituyen un punto crucial tanto de los análisis de Massey como de las historias de Cisneros. La identidad para Sandra Cisneros se constituye de manera particular. A pesar de que existan rasgos generales y puntos en común entre los personajes, la vida tiene un profundo sentido de lo particular, de las características personales. Por otro lado, la indefinición constante es su marca, el propio título de la novela se encuentra entre dos lenguas, y tanto la versión en español como la inglesa poseen fragmentos en los cuales se mezclan ambos idiomas. No es un dato menor que en algunas ocasiones Esperanza Cordero mencione personajes con apodos en inglés, o que en algunas líneas de la historia se remarque la existencia de sujetos que aún no logran dominar la lengua anglosajona. En este y otros aspectos se

cuestiona la homogeneidad de la comunidad latina y se hacen visibles las relaciones de poder que las enmarcan (sobre este punto se volverá más adelante).

Podemos manifestar, entonces, que la identidad y el lugar en Cisneros son factibles de pensar desde las perspectivas de Massey. Aún más, podríamos decir que si la intención de *La casa en Mango Street*, como texto literario, fue poner en tensión y denunciar las vivencias de una joven latina en las periferias de Chicago, la idea de la posibilidad acerca del cambio y la búsqueda personal constituyen un recurso necesario; pues, si así no fuera, quedaría anulada toda capacidad de resistencia o superación, capacidad que, fundida en frágiles fragmentos, aparece una y otra vez en la novela. Por citar un ejemplo, en uno de los últimos capítulos, titulado “Cuatro árboles flaquitos”, y tras haber transcurrido largo tiempo de habitar en Mango Street, Esperanza expresa:

Cuando estoy demasiado triste o demasiado flaca para seguir siguiendo, cuando soy una cosita delgada contra tantos ladrillos es cuando miro los árboles. Cuando no hay nada que ver en esta calle. Cuatro que crecieron a pesar del concreto. Cuatro que luchan y no se olvidan de luchar. Cuatro cuya única razón es ser y ser. (Cisneros, 2004:100).

Este sentido de inconformidad, resistencia y lucha se intensifica en los últimos capítulos, en los cuales la intención de encontrar un lugar propio, un hogar, se torna imprescindible. Aquí el discurso parece abrirse en dos ramas, por un lado un sueño “romántico” sobre un lugar en el cual Esperanza pueda vivir tranquila y escapar de la realidad y el paisaje a la cual estuvo sujeta; y por otro un sentido de memoria sobre su historia, una identificación con Mango Street que lejos de ser esencialista y armónica es conflictiva; es a veces un lastimoso encuentro con su condición lo que la lleva a querer cambiar su vida y la de los demás, mientras que otras veces es una sentida queja de no querer pertenecer a todo aquello que la circunda. Sin embargo, a pesar de todo, aquel conflicto es denuncia constante de la situación de ser pobre, mujer, latina y vivir en Estados Unidos. Así, en el capítulo “Vagabundos en el ático”, Esperanza menciona:

Quiero una casa en una colina como aquéllas con los jardines donde trabaja Papá. Los domingos vamos. Es el día libre de Papá. Yo iba antes. Ya no. No te gusta salir con nosotros, dice Papá, ¿te estás haciendo demasiado vieja? Se está creyendo la divina garza, dice Nenny. Lo que no les digo es que me da vergüenza –todos nosotros mirando por la ventana como los hambrientos. Estoy harta de ver y ver lo

que no puedo tener. Cuando ganemos la lotería..., empieza a decir Mamá y entonces dejo de escuchar.

La gente que vive en las colinas duerme tan cerca de las estrellas que olvida a los que vivimos demasiado pegados a la tierra. No miran hacia abajo excepto para sentirse contentos de vivir en las colinas. No se tienen que preocupar por la basura de la semana pasada ni por temor a las ratas. Llega la noche. Nada los despierta como no sea el viento.

Un día voy a tener mi casa propia, pero no olvidaré quién soy ni de dónde vengo. Los vagos que pasen preguntarán, ¿puedo entrar? Yo les ofreceré el ático, les diré que se queden porque yo sé lo que es no tener casa.

Algunos días, después de la cena, mis huéspedes y yo nos sentaremos frente a la chimenea. Las duelas del piso más alto rechinarán. El ático gruñirá.

¿Ratas?, preguntarán mis huéspedes.

Vagos, diré yo, y seré feliz (Cisneros, 2004:113-114).

Cisneros aquí, en una excelente descripción, muestra desde los ojos de una niña, mediante una metáfora, la ubicación de las clases sociales en una estructura jerárquica donde la cima de la montaña es ocupada por “quienes sí tienen hogar” y pueden “vivir cerca de las estrellas”, y donde el fondo del paisaje es para quienes deben vivir “pegados a la tierra”. La desigualdad juega un rol fundamental en la obra, colocando a “aquellos con hogar” en un orgulloso sentido de vivir sobre las colinas y que rara vez recuerdan mirar hacia abajo. Esperanza quiere su casa pero obtenerla no significa necesariamente no tener memoria, en este sentido su fantasía es sugestiva al mencionar que quienes vivían “abajo” (los vagos) serán alojados “arriba”. La siguiente cita de Iain Chambers hace alusión a este hecho:

Nadie puede simplemente elegir otra lengua, como tampoco es posible abandonar por completo la propia historia y optar libremente por otra. Nuestro previo sentido del conocimiento, de la lengua y de la identidad, nuestro legado específico, no pueden expulsarse de la historia, no pueden borrarse. Aquello que hemos heredado - como cultura, como historia, como lenguaje, tradición, sentido de la identidad - no se destruye sino que se desplaza, se abre al cuestionamiento, a la re-escritura, a un re-encauzamiento. Los elementos y relaciones de nuestro lenguaje e identidades no pueden volverse a articular en un nuevo conjunto, más ajustado críticamente, ni tampoco pueden ser abandonados y negados. La zona en la que habitamos está abierta, llena de grietas: exceso que es irreductible a un solo centro, origen o punto

de vista. En estos intervalos y en las pautas de nuestras vidas, también se pueden oír, encontrar, experimentar otras historias, otras lenguas, e identidades. Nuestro sentido del ser, de la identidad y el lenguaje, es experimentado y extrapolado a partir del movimiento: el “yo” no pre-existe a este movimiento para luego salir al mundo. El “yo” se forma y se reforma constantemente en ese movimiento, en el mundo. (1995:45).

La tensión acerca de la “pertenencia – no pertenencia” y la “identificación - no identificación” vuelve a sentirse intensamente en el capítulo “Alicia y yo charlamos en los escalones de Edna”. Aquí una vez más el diálogo remite a la inconformidad con “ser de allí”:

Alicia me cae bien porque una vez me regaló una bolsita de papel con la palabra GUADALAJARA bordada encima. Guadalajara es su hogar al que un día va a regresar. Pero hoy está escuchando mi tristeza porque no tengo casa.

Vives exactamente aquí, 4006 Mango Street, dice Alicia y señala la casa que me avergüenza.

No, ésta no es mi casa, digo yo y sacudo mi cabeza como si con sacudirla pudiera borrar el año que he vivido allí.

Yo no soy de aquí. No quiero nunca querer ser de aquí. Tú tienes casa, Alicia, y algún día irás para allá, a una ciudad que recuerdas, pero yo, yo nunca he tenido una casa, ni siquiera en fotografía... sólo una con la que sueño.

No, dice Alicia. Te guste o no, tú eres Mango Street, y algún día tú también volverás.

Yo no. No hasta que alguien lo mejore.

¿Y quién va a mejorarlo?, ¿el alcalde?

Y la idea del alcalde viniendo a Mango Street me hace reír a carcajadas.

¿Quién lo va a hacer? El alcalde, no (Cisneros, 2004:135-136).

Este fragmento sintetiza los puntos centrales de la obra y el personaje que constituye a Esperanza Cordero, la falta de casa, la identidad en conflicto, el hogar como un sueño, el paisaje deteriorado y triste de Mango Street. A su vez, remarca el olvido estatal hacia ese sector y, por lo tanto, la precariedad social y estructural en la que está sumido. Esperanza parece ser aquí y en cada página un punto intersticial entre culturas y países, entre pensamientos y realidades, es todo el tiempo una “no – determinación”, un cuerpo de apertura y exploración. Esta característica puede sustentarse paralelamente con el propio sentir de la escritora, quien según Loustau (2002: 60) se define ella misma como

“nueva mestiza”, o sea como portadora de una nueva conciencia. El carácter de hibridación en el personaje principal es una intención manifiesta si entendemos que:

La hibridez es vista como una ventaja ya que permite que la mestiza desarrolle, por un lado, una cierta *tolerancia por la contradicción y la ambigüedad* y, por el otro, la habilidad para romper *los aspectos unitarios de cada nuevo paradigma* (deconstruir y construir); en otras palabras, la hibridez tiene la capacidad para trascender la noción de dualidad” (Loustau, 2002:60).

La ruptura de los dualismos, la “no determinación”, la hibridez, la identidad en conflicto y el sueño de superación de aquella realidad sumida ante el sometimiento socioeconómico y cultural, nos lleva a un punto evidente de la lectura, el patente corte feminista de denuncia hacia la exclusión, la dicotomía y el orden patriarcal masculino - heteronormativo.

Diversos pasajes de la historia constituyen ejemplos de los caracteres patriarcales de la cultura en que Esperanza se encuentra inserta y con los cuales se siente incómoda. En “Niños y niñas”, afirma que:

los niños y las niñas viven en mundos separados. Los niños en su universo y nosotras en el nuestro. Por ejemplo mis hermanos, adentro de la casa tienen mucho que decirnos a mí y a Nenny. Pero afuera nadie debe verlos hablar a las niñas. Carlos y Kiki son los mejores amigos, nuestros no. (Cisneros, 2004:19)

La protagonista, con un tono de tristeza, deja en evidencia la separación de los sexos y las relaciones en espacios bien delimitados: los niños no pueden relacionarse con las niñas en el espacio público, la amistad no es posible entre hermanos y hermanas. Al respecto, Carol Ekinsmyth (2002:58) señala:

Las geógrafas feministas han mostrado que espacio y lugar están generizados. (...) Las feministas han argumentado ampliamente que en el mundo occidental la vida cotidiana (la economía la sociedad, y las formas del entorno construido) están estructuradas alrededor del entendimiento cultural de *lo público y lo privado* como también por el entendimiento de espacio y lugar en términos de género. A menudo se considera que la esfera o lugar de la mujer debe ser la esfera privada del hogar, la familia y el área residencial.

En el cuarto capítulo de la novela, Cisneros hace referencia al nombre de su personaje

principal. Es seguramente este pasaje el que contiene el mayor peso de denuncia ante el sometimiento de la mujer y la violencia física y simbólica que sufre el sexo femenino en nuestras sociedades:

En inglés mi nombre quiere decir esperanza. En español tiene muchas letras. Quiere decir tristeza, decir espera. Es como el número nueve, como un color lodoso. Es los discos mexicanos que toca mi padre los domingos en la mañana cuando se rasura, canciones como sollozos.

Era el nombre de mi bisabuela y ahora es mío. Una mujer caballo nacida como yo en el año chino del caballo —que se supone es de mala suerte si naces mujer— pero creo que ésa es una mentira china, porque a los chinos, como a los mexicanos, no les gusta que sus mujeres sean fuertes.

Mi bisabuela. Me habría gustado conocerla, un caballo salvaje de mujer, tan salvaje que no se casó sino hasta que mi bisabuelo la echó de cabeza a un costal y así se la llevó nomás, como si fuera un candelabro elegante, así lo hizo.

Dice la historia que ella jamás lo perdonó. Toda su vida miró por la ventana hacia afuera, del mismo modo en que muchas mujeres apoyan su tristeza en su codo. Yo me pregunto si ella hizo lo mejor que pudo con lo que le tocó, o si estaba arrepentida porque no fue todas las cosas que quiso ser. Esperanza. Heredé su nombre, pero no quiero heredar su lugar junto a la ventana (Cisneros, 2004:21-22).

Es mucho lo que puede decirse sobre estos párrafos (o tal vez queda todo dicho), Esperanza desafía el dominio patriarcal de su cultura, ella reflexiona sobre su propio nombre, su cuerpo, su historia y genealogía. No quiere verse relegada a las mismas relaciones de poder a las cuales han estado sometidas las mujeres de su familia. Con gran habilidad, Cisneros condensa toda una estructura de dominio en apenas unas líneas de su escrito.⁴

⁴ Desglosar tal situación supone pensar en las críticas feministas hacia el conocimiento y la cultura; en el juego de descentralización del conocimiento occidental cuya epistemología estuvo históricamente ligada a la visión de un sujeto blanco, heterosexual, de clase acomodada, masculino, “portador del saber objetivo”; implica así mismo pensar en diversos autores del movimiento modernidad - colonialidad – decolonialidad; en los textos de E. Said y G. Spivak, por medios de los cuales se comenzó a reflexionar respecto de la conformación de “otro” a partir de la existencia de un centro hegemónico de poder; en los aportes de teóricas como Donna Haraway o Judith Butler, sobre cuestiones de género, sexo y sexualidad; en todas las ramas teóricas que desde hace varias décadas buscan correr del centro del conocimiento y las prácticas sociales la visión masculina – blanca – occidental – heterosexual – así como la normatividad ética y moral de las religiones hegemónicas (catolicismo, hinduismo, judaísmo, Islam) o cualquier otro discurso que suponga colocar en órdenes y jerarquías la población humana, “subalternizando” y ejerciendo dominio sobre aquellos “otros” que recrea su propia designación de centralidad. Al mismo

El personaje de Esperanza Cordero es el resultado de muchos discursos y relaciones, es la situación derivada de un voraz capitalismo, es la opresión hacia el latino en tierras estadounidenses, es la periferia de las ciudades, es el miedo de ser mujer en una sociedad patriarcal, es la precariedad... pero también Esperanza es su propio nombre, es resistencia, contestación, ruptura, sueño y liberación. Podemos finalizar con sus propias palabras. En las últimas hojas de la novela, ella afirma:

No un piso. No un departamento interior. No la casa de un hombre. Ni la de un papacito. Una casa que sea mía. Con mi porche y mi almohada, mis bonitas petunias púrpura. Mis libros y mis cuentos. Mis dos zapatos esperando junto a la cama. Nadie a quien amenazar con un palo. Nada que recogerle a nadie.

Sólo una casa callada como la nieve, un espacio al cual llegar, limpia como la hoja antes del poema.

(...) Me gusta contar cuentos. Voy a contarte el cuento de una niña que no quería pertenecer.

No siempre hemos vivido en Mango Street. Antes vivimos en el tercer piso de Loomis, y antes de allí vivimos en Keeler. Antes de Keeler fue Paulina, pero lo que más recuerdo es Mango Street, triste casa roja, la casa a la que pertenezco sin pertenecerle.

Lo escribo en el papel y entonces el fantasma no duele tanto. Lo escribo y Mango me dice adiós algunas veces. No me retiene en sus brazos. Me pone en libertad.

Un día llenaré mis maletas de libros y papel. Algún día le diré adiós a Mango. Soy demasiado fuerte para que me retenga. Un día me iré.

Amigos y vecinos dirán ¿qué le pasó a esa Esperanza?, ¿a dónde fue con todos esos libros y papel?, ¿por qué se marchó tan lejos?

No sabrán, por ahora, que me he ido para volver, volver por los que se quedaron.

Por los que no (Cisneros, 2004:137-139).

tiempo debemos resguardar que la intencionalidad de dichas corrientes no es recrear un nuevo orden esencialista en el cual se inviertan los roles de dominio, este proceso en sí “(...) no conlleva una cruzada contra Occidente en nombre de algún tipo de autoctonismo latinoamericanista (...). Tampoco se trata de ir en contra de la ciencia moderna y promover un nuevo tipo de oscurantismo epistémico.” (Castro – Gómez, 2007:145, en Lander, 2005). En última instancia, las críticas y el sentido de las palabras de estas diversas teorías confluyen en un llamado a las libertades individuales y colectivas, así como a la apertura del conocimiento que funda las prácticas de los sujetos y sustenta las relaciones sociales bajo estructuras de dominio. Sandra Cisneros, desde su escritura, se compromete con tales propósitos.

Bibliografía:

CASTRO-GÓMEZ, Santiago. y GROSFUGUEL, Ramón (2007) “Prólogo. Giro decolonial, teoría crítica y pensamiento heterárquico.” En: Castro-Gómez S. y Grosfoguel R. (comp.). *El giro decolonial: Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global*. Siglo del Hombre Editores; Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana, Colombia.

CHAMBERS, Iain (1995) *Migración, cultura, identidad*. Amorrortu editores, Buenos Aires, Argentina.

CISNEROS, Sandra (2004) *La casa en Mango Street*. Seix Barral S.A., España.

EKINSMYTH, Carol (2002) “Geografía cultural feminista”. En: Shurmer-Smith, P. (Comp.). *Haciendo Geografía Cultural*. Sage, Londres. (Traducción Lic. Santiago Llorens. Adaptación y corrección: Lic. Gabriela Cecchetto – Cátedra Introducción al Pensamiento Geográfico. Carrera de Geografía. FFyH. U.N.C.)

EQUIPO DE INVESTIGACIÓN LUGAR Y POLÍTICAS DE LUGAR (2011) “*Discusiones de lugar y políticas de lugar. Aproximaciones a campo para el análisis teórico epistemológico del concepto.*” Presentado en: III Congreso de Geografía de las Universidades Públicas. Universidad Nacional del Litoral. Facultad de Humanidades y Ciencias. 12 al 15 de octubre de 2011 ISBN: 978-987-657-674-1

HARVEY, David (2009) “Places, Regions, Territories”. En: *Cosmopolitanism and the Geographies of Freedom*. Columbia University Press, New York.

LANDER, Edgardo (Ed) (2005) *La Colonialidad del Saber: Eurocentrismo y ciencias sociales — perspectivas latinoamericanas*. Clacso, Buenos Aires.

LINDÓN, Alicia (2007) “La construcción social de los paisajes invisibles y del miedo”. En: Nogué, J. (ed). *La construcción social del paisaje*. Biblioteca Nueva, Madrid.

LOUSTAU, Laura (2002) *Cuerpos errantes, literatura latina y latinoamericana en Estados Unidos*. Beatriz Viterbo, Rosario, Argentina.

LUNA, T.; VALVERDE, I. (dir.) (2011) *Teoría y paisaje: reflexiones desde miradas interdisciplinarias*. Barcelona: Observatorio del Paisaje de Cataluña; Universidad Pompeu Fabra. ISBN: 978-84-615-4911-5

MASSEY, Doreen (1994) “A place called home?”. En: *Space, place, and gender*. University of Minnesota, Estados Unidos.

MITCHEL, Don (2007) “Muerte entre la abundancia: los paisajes como sistemas de reproducción social”. En: Nogue J. (ed) *La construcción social del paisaje*. Biblioteca Nueva, Madrid.

QUIJANO, Anibal (2000) “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. En: Edgardo L. (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Clacso, Buenos Aires.

ZUSMAN, Perla (2008) “Epílogo: Perspectivas críticas del paisaje en la cultura contemporánea”. En: Nogué, J. (ed) *El paisaje en la cultura contemporánea*. Biblioteca Nueva, Madrid.